

UNA MIRADA INTERIOR: ETNOGRAFÍA CON NIÑOS Y JÓVENES TZOTZILES, O DE LA APROPIACIÓN DE MEDIOS A TRAVÉS DE LA AUTONOMÍA

Antropólogo Aldo Díaz Avelar*

Desde una visión histórica y antropológica la fotografía ha trascendido su situación de técnica antropológica para el registro en campo (desde la antropología), o de género fotográfico (desde la formación visual), para ser ahora también objeto de estudio con el análisis de la antropología visual. Se ha convertido, así, en parte estructural del proceso de conocimiento de fenómenos culturales y en ella se basan estudios serios de los pueblos indios; aún más, es parte del recurso gráfico de dichos pueblos: el «indio» es desplazado circunstancialmente por su mirada, por la captura que realiza de su propio contexto y esto se convierte en el suceso protagónico de nuestro análisis.

En esta oportunidad presentamos el material fotográfico obtenido mediante la aplicación del proyecto piloto «Taller de etnofotografía. Una mirada interior» en el Aguascalientes II de la comunidad de Oventik, en el Municipio de San Andrés Larrainzar, Chiapas. Dicho proyecto fue presentado a las autoridades de la comunidad zapatista –actualmente Caracol–; se aprobó y contrastó en el frío y húmedo invierno decembrino de 1998. Nuestra primera experiencia finalizó en enero de 1999, a la fecha se han realizado tres talleres de fotografía que han generado un archivo de más de mil cuadros fotográficos en ese mismo contexto.

La población tzotzil que participó en sus actividades fue, en un principio, infantil y juvenil, de entre seis y 14 años, además de un adulto de alrededor de 22 años. El objetivo se centró en captar la realidad de las comunidades desde la mirada propia de los individuos que las integran mediante el uso de aparatos tan sencillos como las cámaras compactas de 35 milímetros. En el esquema inicial del proyecto consideramos la posibilidad de desarrollar la actividad fotográfica como una alternativa económica en la comunidad, instruyendo a pequeños sectores de población infantil y juvenil que mostraran interés –a largo plazo– en su uso y beneficio, no sólo económico, sino también como una forma de representación de su particularidad cultural, mediante su interpretación. Tendremos oportunidad de percibir imágenes de su cultura que expresen una intencionalidad étnica, como aquella manifestación de la racionalidad de las dinámicas determinantes de las fronteras étnicas. El aprendizaje fotográfico y la práctica de esta

actividad por parte de los integrantes del taller, aunados a la captura de una parte de su realidad en cada imagen, son elementos no sólo de interés antropológico sino de los medios de comunicación en su conjunto, cuya principal función es la de crear canales por lo que los individuos se expresen frente a comunidades más amplias.

La juventud tzotzil de Oventik, como todas las sociedades, manifiesta la necesidad de comunicar su situación de violencia latente. Para ello adquieren día a día conocimientos tecnológicos con el objetivo de hacer un registro y posteriormente divulgar su realidad a través de los medios, ello provoca una dependencia estructural del sistema que los excluye, lo que resulta paradójico.

La Muestra

El material que mostramos es el primer paso dentro de las actividades del proyecto, pero sin duda el más importante. En diciembre de 1998 iniciamos nuestras actividades con 10 niños, y en el transcurso de una semana logramos la atención de una cifra variable, 11 y 14 participantes, entre niños y jóvenes; fue grata nuestra sorpresa (ya grande desde el primer día) cuando conocimos a dos pequeños, Francisco y su hermano Emilio, que caminaban media hora desde su pueblo para llegar a lo que llamábamos «curso» (para efectos de comprensión). Por su corta edad no hablaban español, nosotros no teníamos forma de comunicarnos con ellos en tzotzil; sin embargo, la misma comunidad había previsto tal situación por lo que para efectos prácticos y de aprovechamiento real, se nos presentó a Jorge, quien además de ser mayor de edad contaba con una experiencia de acercamiento al proceso fotográfico. Jorge apoyaba la parte de repaso de las lecciones del día y nos comentaba que sí aprendía una que otra cosilla mientras nos escuchaba en la clase dirigida a nuestro joven grupo.

Jorge fue nuestro traductor, informante de los procedimientos adecuados para la gestión de espacios tanto para el laboratorio como el aula, por llamarle así. Además era un observador de nuestra forma de trabajar en lo técnico y en nuestras conductas, en lo que se refiere a seguir las reglas que el propio Aguascalientes marcaba

* Zona arqueológica de Teotihuacán-INAH

desde el inicio para permanecer ahí. Como era de esperarse, Jorge también tenía intenciones de avanzar sus conocimientos sobre la foto y nos pusimos a trabajar en un curso alterno. Esto dio paso a mayor confianza, además nos alentaba el hecho de saber que había el mismo interés de su parte y que no se forzaba por estar ahí. También nos enseñó algunas palabras y frases en su lengua.

Después de 15 días de sesiones con los niños y encuentros y desencuentros con el clima, las condiciones de estancia y convivencia con otros elementos de la «sociedad civil», tardes y noches en los procesos de revelado de película y construcción del laboratorio con madera, papel, lodo y materiales plásticos, logramos nuestra primera sesión de impresión o positivado.

se dieron a la tarea de hacer cargas, revelar uno que otro rollo o nos permitieron hacerles alguna pregunta y grabarlos en video, como el caso de Félix y Felipe.

Hubo ocasiones en que tanto el clima como el ánimo producían estragos en las relaciones humanas y crisis con los materiales, pero el tiempo comprometido con la comunidad para obtener una muestra y exponerla en el auditorio del lugar, nos obligaba a realizar con presión el trabajo. Entonces en una noche a pocos días del plazo final, comenzamos a ver los primeros resultados del trabajo de los muchachos: cuadros encimados, por la tecnología empleada, algunos velados, no expuestos; pero no todo fue así y el alma volvió al cuerpo cuando vimos fotogramas salvables, aceptables y buenos. La tensión se convirtió en



Intercambio de miradas. José Luis con su cámara y su... © Taller de etnofotografía: una mirada interior 1998-2002.

Durante las sesiones con los participantes acordamos temas fotográficos que ellos mismos propusieron y que tenían que ver con el entorno dentro del Aguascalientes; surgió el de los animales, caravaneros, gente (tzotziles, ellos mismos) entre otros. Una vez terminada la «clase» procedíamos los coordinadores del taller (Verónica Ortega Cabrera, César Pareja Sánchez y quien esto escribe) a revelar los materiales. Es de recordar, ya con risa burlona, que teníamos que calentar el agua y los químicos con velas o algún «fogón amigo» de otros compañeros talleristas, mientras, algunos preparábamos los demás recursos. En ocasiones nos visitaban elementos de la clase –Marcelino de siete años, Benito de ocho, Francisco de 11, Felipe de 13, Félix de 13– a quienes dábamos el paso en alguna parte del proceso. Marcelino y Felipe en algún momento ayudaron o presenciaron el positivado y otros como Jorge

emoción, brincos, risas...;perdón me emocioné! Así obtuvimos a «Niño a contraluz en el umbral del salón», de Francisco López; «Juego de *basquet ball* en la bruma», de Pedro González; «Niño de espalda descalzo», de Julio; «Niño en primer plano y panaderas al fondo», de Marcelino Hernández; «José Luis junto al árbol», de Félix Díaz; «Barrido en círculo», de Benito Gómez, o «Niño y mural del Auditorio», de Jacinto Reyes, entre muchas más que realmente nos dieron aliento para otros cuantos años de taller.

Continuamos el procedimiento de construcción de «marialuisas» de papel machacado y mientras éstas se secaban al sol y con la mirada hambrienta de los perros del lugar -que sí se llegaron a comer algunas por el engrudo-, hicimos la petición de un espacio en el auditorio para una pequeña exposición. Las «marialuisas» fueron decoradas con diseños de

puño, color y letra (algunas) de los propios autores, quienes ya habían sufrido la realización de las mismas. Montamos sus imágenes, las colocamos en el lugar correspondiente del auditorio que, de por sí, se encuentra saturado de dibujos, pinturas, mantas, imágenes de héroes de la patria, el icono del movimiento zapatista en sus diferentes presentaciones gráficas, entre otros muchos mensajes de identidad. Se hizo presente la comunidad global, desde los nacionales hasta la comunidad europea, pero sin duda los más observados eran ellos mismos observándose a sí mismos, al ser observados por sus propios coterráneos tzotziles, indígenas campesinos zapatistas mexicanos, como alguna vez le contestó a César (coordinador del taller) nuestro amigo Nicolás Díaz, (participante del mismo) la pregunta de ¿tú qué eres?

Volvimos a la Ciudad de México y comenzamos nuestra labor con la segunda fase del proyecto que incluía exposiciones en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en la Escuela de Iniciación Artística N° 2 del INBA, en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal y en otros puntos que eran importantes para lograr colocar la muestra en sectores sociales cualitativamente diversificados.

Debido a que la vida efectiva del taller depende de financiamientos de instituciones públicas y por las labores de montajes en los años consecuentes, regresamos a Oventik en el 2001, cuando obtuvimos financiamiento por parte del Instituto Mexicano de la Juventud. El esquema del proyecto tomaba más firmeza aunque la operatividad en campo se redujo; sin embargo, los participantes continuaban con bastante ánimo y dimos inicio al proyecto.

En este caso, los cambios más importantes se dieron con la comunidad a través de sus dirigentes, quienes nos proporcionaron un espacio ex profeso para aprovecharlo como laboratorio permanente, suficiente lugar para el área seca y se nos permitió emplear materiales de la comunidad. Dimos paso a la instalación eléctrica (provisional) y en dos días habíamos logrado esta construcción, ya con mejores materiales y sin tantos problemas aparentes de entradas de luz, teníamos hasta una trampa de luz. De alguna manera se nos asignó nueva población infantil, también estábamos a cargo de los jóvenes que en 1998 habían sido los iniciadores de la experiencia con nosotros –aunque no todos–: Félix había emigrado por asuntos de trabajo a Oaxaca, Francisco López trabajaba haciendo cohetes en San Cristóbal y aunque estaba relativamente cerca, no le permitían venir. Nuestra población de jóvenes constaba de cuatro participantes y Jorge.

En términos cualitativos, mantuvimos las dinámicas del proyecto piloto de 1998 con los pequeños, con los jóvenes incursionamos en cuestiones de composición, en diluciones de químicos y el laboratorio enamoró a todos. Con Jorge trabajábamos prácticamente por medio de asesorías que tenían que ver, ocasionalmente, con actividades fotográficas de la comunidad: él era ya el fotógrafo y camarógrafo de la misma. Debido a la intensa carga de trabajo y reducidos a dos coordinaciones, realizamos dos turnos para clases: por la mañana niños y sus dinámicas, en las tardes los avanzados y Jorge. Así, en la segunda muestra que presentamos observaremos algunos temas recurrentes en lo que se refiere a los espacios que fotografiaron los pequeños, pero con perspectivas innovadoras y seguimientos



Deportes y animales. *Esperando el balón*. © Taller de etnofotografía: una mirada interior 1998-2002.

fotográficos muy interesantes para los estudios interculturales, como es el caso de algunas series donde podemos observar a alguno de los pequeños fotografiándonos y un segundo niño fotografiando al que nos ha tomado como modelos, o cuadros donde se disparan entre sí mostrando tomas contrapuestas en picada y contrapicada, por ejemplo. En algunos casos veremos tomas a ras del suelo, con composiciones intuitivas o pragmáticas insospechadas por su ingenio o tal vez por su aporte de mirada infantil. En el caso de los participantes mayores tendremos a la vista cuestiones de composición más reflexionada, aunque expresando más bien la confusión normal que la asimilación de un conocimiento nuevo produce a la hora del disparo. También retratos entre ellos pero ya respetando un poco la cuestión de la distancia hiperfocal y tomando en cuenta las limitantes del recurso tecnológico, que por supuesto ya comienza a incomodarles por el interés de crear con mayor posibilidad de respuesta técnica: con su mirada interior, como lo marca el título del proyecto piloto, pero ahora más inquieta, inquisitiva, reflexiva tal vez.

La propuesta de Felipe, como ejemplo, ilustra el caso con encuadres acentuando el punto de fuga, buscando el equilibrio o tal vez el contraste, aunque todavía metiendo el dedo al cuadro. Pedro es un caso especial ya que por falta de tiempo no pudo asistir a varias sesiones; sin embargo, llegó un día con negativos de color y sin decir nada comenzó a imprimir en blanco y negro en nuestra sesión de práctica de laboratorio. Julio nos va a mostrar que además de tener la intención de continuar en su futuro en este asunto de la foto, tiene registro de las prácticas de laboratorio. Para el caso de Jorge mostraremos material de registro de las actividades deportivas y de la «otredad» (los coordinadores del taller) en un interés más claro por el retrato de eventos como es el material sobre los festejos de fin de año (2001-2002), durante la lectura del Comunicado de la Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que año con año tiene lugar en el foro abierto del Aguascalientes II de Oventik, ahora Caracol.

Durante el último evento de visita a la comunidad recibimos la noticia de que se evaluaron los resultados del proyecto en diciembre del año 2001 y se decidió dar un giro al planteamiento del mismo, sugiriendo la posibilidad de capacitar a un grupo de nuestros mismos alumnos para lograr fotografías de identificación, las conocidas como infantiles, en un esfuerzo por generar un ingreso económico para la comunidad. Esto, por supuesto, nos planteó otra cuestión formativa que requería de mayor actividad y sobre todo concentración en lo que se refiere a la dedicación sobre un grupo más reducido de alumnos, dado que deben ser competitivos con respecto a otros sujetos que proporcionan este servicio en el área, incluyendo San Andrés Larrainzar o *Sac'amchen* de los Pobres como se le llama en la región. Por nuestra parte, visitamos el estudio más cercano, se nos dijo que era priísta y que no se atendía bien a los tzotziles, a la «gente».



En el aula. *Marcelino el hermano mayor de José mostrando su credencial del taller.* © Taller de etnofotografía: una mirada interior 1998-2002.

Sin embargo, pasamos para comprobar su grado de eficiencia, sus instalaciones y por supuesto el costo. Con el producto en la mano, determinamos que era suficiente su eficiencia, si se consideran las condiciones y características del equipo empleado, sólo que el costo se duplicaba si teníamos en mente el transporte en viaje redondo para obtener seis fotos infantiles, con malos tratos y algún riesgo adicional que no faltaría. Nuestra intención fue más buena que eficiente, pues los conocimientos técnicos que requeríamos no son de fácil asimilación debido a las cuestiones culturales, los recursos técnicos necesarios para el fin requerido son insuficientes, así como el tiempo de permanencia de los coordinadores del taller. La capacitación requeriría de una debida traducción al tzotzil o de mayor tiempo para una formación mínima necesaria. Lo cierto es que intentamos acondicionar el espacio para esta utilidad, obtuvimos incluso algunas fotos para cada uno de los participantes, sólo que eso nos valió el abandono relativo de los menores y la dispersión tanto de material como de lo más valioso para nosotros: intencionalidad.

Al dejar las instalaciones del laboratorio, nos brindaron su hospitalidad para volver con el proyecto y continuar con la experiencia que cada vez deja mayores perspectivas de aprovechamiento por parte de la comunidad, según lo expresado por sus dirigentes.